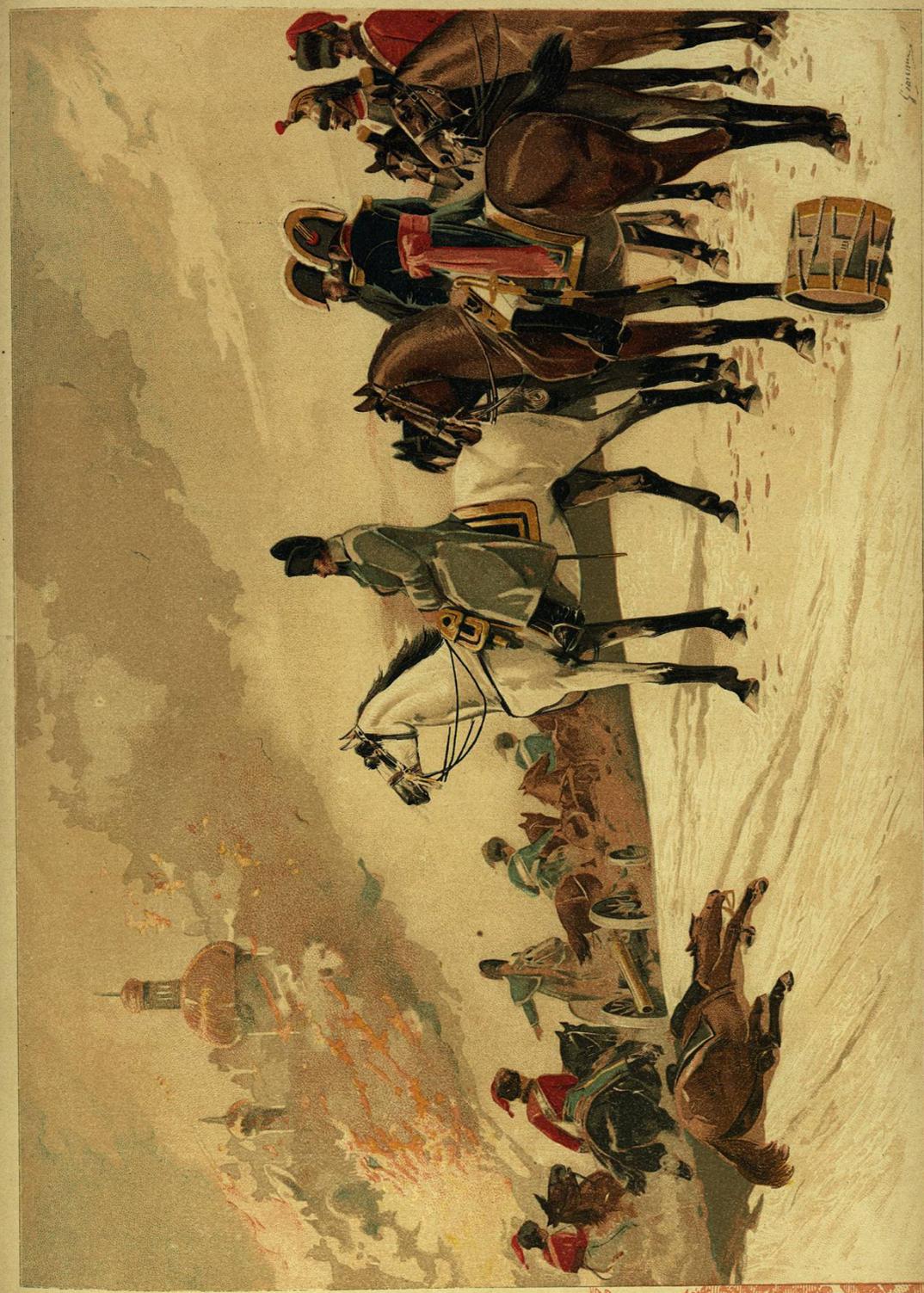
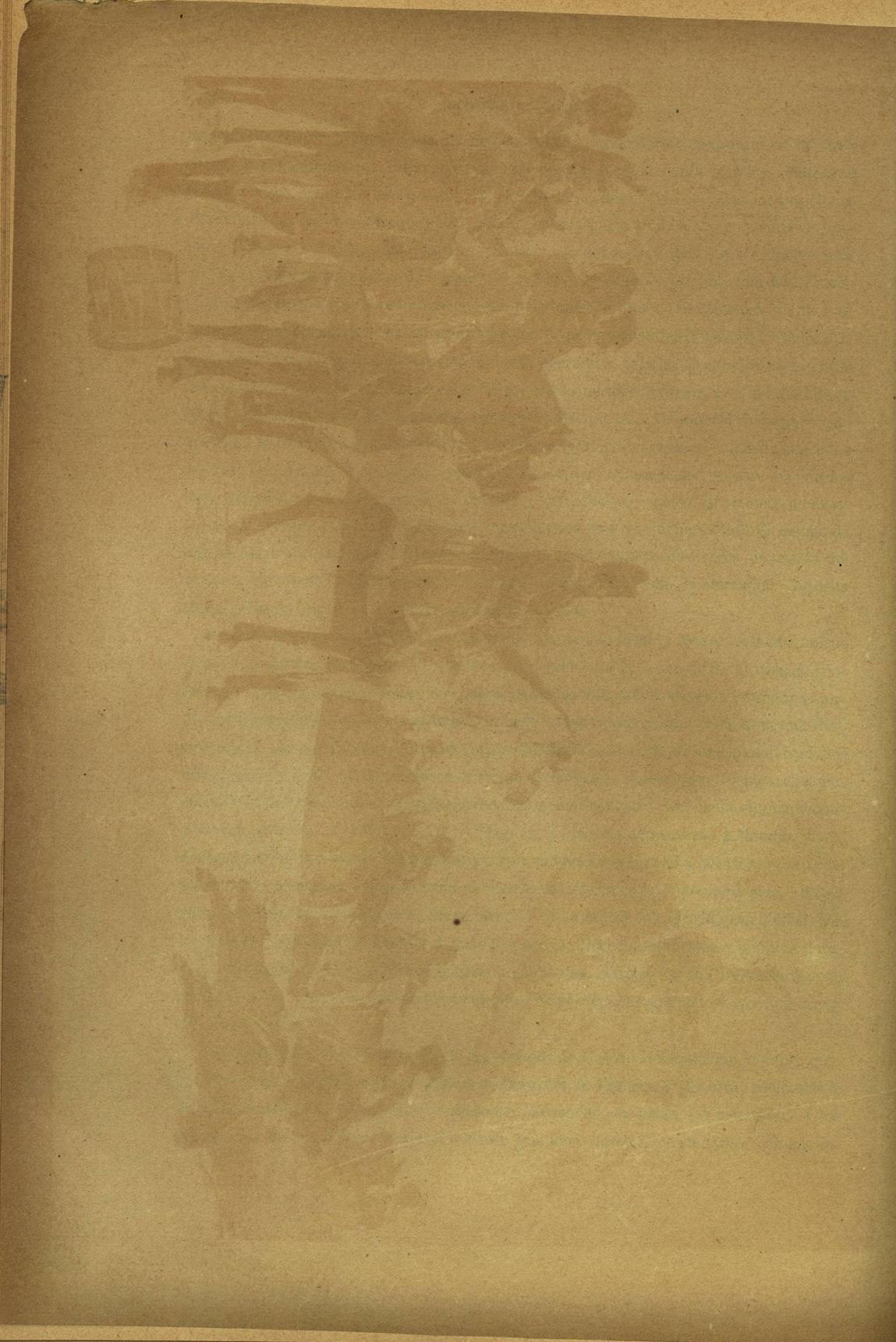


después de barrer la hondonada de Semenovskoe, siendo herido de muerte en la atroz pelea, en el momento que Eugenio escalaba los parapetos y acuchillaba á los artilleros é infantes rusos. Eran las tres y media. El ejército ruso, desalojado de todas las posiciones que habían protegido su frente y estrechado por esta parte y por el flanco izquierdo, retrocedió hasta las aldeas de Psavero y Kniazcovo, donde encontró otros reductos y se replegó en masas profundas. Los franceses estaban tan extenuados y el valor frío y sereno demostrado por los rusos impresionó tanto á Napoleón, que no se decidió á intentar un éxito decisivo avanzando con su guardia como le pedían sus lugartenientes. Contentóse con tener libre el camino de Moscou. En esta horrorosa batalla, el ejército ruso perdió más de cincuenta y dos mil hombres, entre muertos y heridos, es decir, casi la mitad de su gente, y el francés más de treinta mil. En aquél hubo que llorar la muerte del heroico Bagratión y la de multitud de generales y oficiales superiores; en éste se contaron entre los muertos tres generales de división, nueve de brigada y diez coroneles, y entre los heridos trece generales de división, veinte de brigada y veinticinco coroneles. El primero no excedía ya de cien mil hombres; el segundo sumaba poco más de cincuenta mil. El campo de batalla había quedado por los franceses; pero el suelo cubierto por cerca de treinta mil muertos y de sesenta mil heridos, presentaba un aspecto lúgubre y aterrador. «Aquella noche, observa Segur, no se oyeron cantos en el vivac».

Kutuzof escribió á Alejandro que se había mantenido firme y que se retiraba únicamente para proteger á Moscou. No obstante, al llegar á las Fili, una de las alturas que dominan á Moscou, celebró consejo de guerra, donde se discutió si convenía entregar la antigua metrópoli sin combate, ó arriesgar el resto de las tropas en una lucha desigual. Barclay declaró que, tratándose de la salvación del ejército, Moscou era una ciudad como las otras, prevaleciendo su dictamen en el ánimo de Kutuzof, apesar de ser contrario el parecer de la mayoría de los generales rusos. En su consecuencia, á la noche siguiente continuaron los rusos su movimiento de retirada, y al otro día atravesaron á Moscou, yendo á situarse en el camino de Riazan, para cortar al invasor el acceso á las ricas provincias del sud. Los franceses se presentaron el mismo día catorce en la *Poklonnaïa gora*, «colina de las prosternaciones», desde donde se ofreció á sus atónicas miradas la gran ciudad, con su Kremlin, coronado de templos y palacios, con las flechas, minaretes y cúpulas doradas, argentadas ó plumizas de sus iglesias ó conventos, con sus tejados multicolores, con sus espaciosos jardines y sus vastos estanques. Napoleón contemplando á Moscon, exclamó: «Ya era hora».

Como sabemos, ejercía el cargo de gobernador de Moscou Rostoptchine, hombre que, por una parte, revelaba conocer á fondo la literatura de Francia, y por otra, hacía alarde de estar chapado á la antigua y de aborrecer las modas, las ideas, las peluqueros y los preceptores de aquel país. Desde el instante que tomó posesión de su cargo, consagróse



Sanchez
Dr Felipe C. Rojas Madrid

CAMPAÑA DE RUSIA - PRIMER IMPERIO



con perseverancia incansable á exaltar en sus administrados los sentimientos de resistencia al enemigo, ganándose las simpatías de la plebe y el clero con aparentar gran fervor religioso. En su odio al invasor, mandaba azotar ó deportaba á los extranjeros ó nacionales, acusados de alabar á Napoleón ó de ser afectos á las ideas liberales; mantenía íntima amistad con Glinka y demás escritores patriotas, é inventaba leyendas milagrosas, historias de valientes campesinos, boletines de supuestas victorias obtenidas sobre los franceses.

El siete de Septiembre, oyóse en Moscou el ensordecedor cañoneo de Borodino y, por la noche, anunció Rostoptchine que Kutuzof había derrotado á Napoleón. No todos, empero se fiaron de sus palabras, y empezó el éxodo de los ricos, que pasó á ser deserción casi general al correrse la noticia de lo ocurrido. De cuatrocientas mil personas, apenas quedaron en la población cincuenta mil; hay quien dice que veinte mil, si bien reducen el número de habitantes que á la sazón había en la ciudad á pocos más de doscientos mil. Los emigrantes se llevaron en sesenta y cinco mil carros sus santos, sus bienes muebles y sus enfermos. Rostoptchine hizo partir para San Petersburgo á los senadores que residían en Moscou, á fin de que Napoleón no encontrase á nadie con quien entablar negociaciones, y mandó sacar, para transportarlos consigo, los objetos existentes en los palacios, los museos, los archivos y los templos. Además, abrió al pueblo el arsenal y los depósitos de vinos y licores de la corona, permitiéndole armarse y embriagarse; soltó á los presos y, al ausentarse, cargó con todas las bombas de incendio que había en Moscou, en número de mil seiscientas, diciendo al príncipe Eugenio de Wurtemberg: «Destruid la ciudad antes de abandonarla», y á su hijo: «Saluda á Moscou por última vez; dentro de media hora será pasto de las llamas». Había, en efecto, tomado sus disposiciones para convertirla en un montón de cenizas.

Estando á la vista de Moscou, Napoleón ordenó á Murat que se posesionase de la población lo antes posible; al general Durosnel, que condujese á su presencia á las autoridades y notables, á los que él llamaba «los boyardos»; al inspector Denniée, que fuese á preparar víveres y alojamientos para el ejército. Murat atravesó al galope el arrabal de Dorogomilof, pasó el puente del Moscowa, se internó en Moscou, que halló desierto, y corrió al Kremlin, donde lo recibieron á tiros los foragidos que allí dejara Rostoptchine, armados y ebrios.

Algunos moscovitas de los que se habían quedado, se imaginaban, ignórase con qué fundamento, que eran los ingleses ó los suecos los que iban á entrar en la población detrás de sus compatriotas. El día catorce vieron brillar en la llanura los cascos y las bayonetas, ondear los estandartes, avanzar regimientos y más regimientos entre nubes de polvo; pero por la noche se acostaron casi tranquilos, procurando persuadirse de que á la mañana siguiente festejarían á sus aliados. Los más, sin embargo, no tardaron en desen-